



CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

Cédula AGN: MX05035AHUIL DGE Torreón, México. Tercer trimestre de 2015



## Presencia de la Compañía de Jesús en La Laguna / I

La misión de Santa María de las Parras

### Andanza del Botella al Mar

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Como Cronista de Torreón, en <http://www.cronicadetorreon.blogspot.com> Comité editorial del *Mensajero*: Lic. Jaime Muñoz Vargas, Dr. Sergio Antonio Corona Páez. El *Mensajero* aparece cada tres meses; es una revista universitaria virtual de divulgación científica en ciencias sociales con interés puramente cultural. Dirección General Educativa de la Ibero Torreón.

# Presencia de la Compañía de Jesús en La Laguna / I

## La misión de Santa María de las Parras

SERGIO ANTONIO CORONA PAEZ

### La Compañía de Jesús en el septentrión novohispano

Desde el siglo XVI, la presencia de los misioneros de la Compañía de Jesús en tierras americanas causó un profundo impacto en los espacios físicos y culturales del Nuevo Mundo. Sin duda alguna, el caso más conocido —aunque no es el único— es el de las reducciones del Paraguay. A pesar de que las actividades misioneras de los jesuitas en el norte de México iniciaron pocos años antes que aquéllas, no son tan conocidas. Como podremos ver a lo largo de esta breve introducción, en el ámbito del septentrión novohispano la Compañía de Jesús inició su obra misional en Sinaloa, Topia, Tepehuanes y la “Provincia de La Laguna”,<sup>1</sup> lugares que se ubicaban en el Reino de la Nueva Vizcaya. La “Provincia de La Laguna”, llamada así por el rey Felipe II a causa de su perceptible identidad hidrológica, es conocida en la actualidad como la “Comarca Lagunera” de Coahuila y Durango.

### Las cartas annuas

La mejor fuente de información para seguir paso a paso la obra de los jesuitas en la configuración de las misiones laguneras, a las que dedicamos este texto, consiste en la colección de manuscritos denominados “cartas annuas”, esos extensos documentos que tenían la doble función de carta y de informe, y que eran escritas por los jesuitas de

→ CLAVES: Historia, jesuitas, Comarca Lagunera

**SERGIO ANTONIO CORONA PÁEZ** (Torreón, 1950) es licenciado en Ciencias y Técnicas de la Comunicación por el ITESO, y posee maestría y doctorado en Historia con mención honorífica por la Ibero México. Dirige el Centro de Investigaciones Históricas de la Ibero Torreón. Científico social, investigador y autor de libros monográficos, colectivos, ponencias y columnas periodísticas. Ha publicado además numerosos artículos dictaminados en revistas científicas de varios países, y ha recibido diversos reconocimientos internacionales de carácter académico, entre ellos los premios Gourmand 2012 como autor del mejor libro de historia del vino en México, y otros dos como coautor colectivo del mejor libro, de España y del mundo, sobre «Turismo del vino». El doctor Corona Páez es miembro de diversas instituciones científicas, académicas y honoríficas en México, Chile y España. Ciudadano distinguido y cronista oficial de Torreón desde 2005. Presea al Mérito Académico «David Hernández, SJ» (2012) de la Ibero Torreón. [sergio.corona@iberotorreon.edu.mx](mailto:sergio.corona@iberotorreon.edu.mx)



la Provincia correspondiente y compiladas por el Padre Provincial para enviarlas a su vez a la Curia Generalicia. En dichas cartas se resumían los sucesos ocurridos durante el año en las casas de la Compañía en cada provincia. Las cartas annuas proporcionan un testimonio etnográfico importante puesto que parte de ellas se dedicaban a las misiones.<sup>2</sup>

Las cartas annuas de la misión de Santa María de las Parras tienen la particularidad de informar desde cuatro años antes de la fundación de la primera reducción. De esta manera, se narran los primeros contactos entre los misioneros jesuitas, el entorno físico y la población aborígen, estos indios primitivos a quienes ellos denominaron “laguneros” por su visible peculiaridad de vagar por las orillas de la laguna grande de la Nueva Vizcaya, posteriormente conocida como “Laguna de Parras”, “Laguna de San Pedro” y, en tiempos modernos, “Laguna de Mayrán”, en Coahuila. La presencia y la acción de los jesuitas configuró y dio personalidad jurídica y cultural a los tres partidos o jurisdicciones municipales que dieron origen a la moderna Comarca Lagunera: Santa María de las Parras, San Pedro de la Laguna y San Juan de Casta. Estos eran pueblos de indios creados por

los misioneros cuyas jurisdicciones conformaron la Alcaldía Mayor de Parras, Laguna y Río de las Nazas, un territorio que, más o menos, equivale al de la moderna Comarca Lagunera de Coahuila y Durango.<sup>3</sup> Estas cartas annuas de Parras dan cuenta de la naturaleza del ecosistema, es decir, de ese gran sistema hidrológico formado por dos ríos y tres lagunas en medio del semidesierto neovizcaíno,<sup>4</sup> así como de su flora y fauna. Con frecuencia mencionan la naturaleza y estado del proceso de evangelización, la creación de pueblos de indios y de comunidades más pequeñas dependientes de ellos, las acciones tendientes a la reducción o congregación de los aborígenes. Las annuas de Parras no olvidan la presencia de auxiliares tlaxcaltecas, ni la manera como coadyuvaron en la conversión y aculturación de los indios laguneros. Los textos parrenses describen las tempranas epidemias que diezmaron a los indios, sus ritos y festividades paganas y cristianas así como las manifestaciones de su vida religiosa, e incluyen observaciones etnográficas y algunas tradiciones orales de los grupos indígenas, las cuales se remontaban por siglos en el tiempo. Lo sobrenatural es un tema recurrente. Los misioneros proporcionan apuntes sobre su percepción de la influencia benigna del cielo en

forma de milagros, la acción de los santos y de la Virgen sobre el destino de paganos y cristianos, y sobre la oposición del demonio a la evangelización y conversión de los aborígenes. Estos son temas que suelen ocupar un lugar significativo en las cartas anuales en general.<sup>5</sup> Pero tampoco olvidan mencionar el proceso de secularización que las misiones sufrieron a manos del obispo de Durango a mediados del siglo XVII, ni los jubileos que celebraban los jesuitas de La Laguna con motivo de los aniversarios de las fundaciones misio-

Parras constituyen el más valioso y extenso testimonio que haya existido sobre los aborígenes laguneros, sus culturas nativas y los procesos de aculturación por los que transitaron, así como sobre el entorno físico y los seres que lo habitaban. Antes de proceder a la lectura de los textos de las cartas anuales de Parras, es necesario brindar una síntesis histórica de la obra de la Compañía de Jesús en la Comarca Lagunera que los dote de contexto. De esta manera, la lectura será mucho más inteligible y provechosa.



neras o por causa de las celebraciones de la Compañía. Dado que se trata de un material histórico tan vasto como rico, sería imposible abarcar siquiera los temas que aborda. Los testimonios que se escribieron desde Parras y sus misiones filiales o “visitas”, proporcionan una muy abundante, variada e interesante información sobre aquellos asuntos que los misioneros jesuitas consideraban importantes, así como una cantidad tal de anécdotas que la simple relación temática desborda por completo el propósito y espacio de este texto.<sup>6</sup> Baste saber que las cartas anuales escritas desde

### Tiempo de misiones

A finales del siglo XVI, apenas terminada la cruenta Guerra Chichimeca, el virrey, el obispado de Guadalajara (cuya jurisdicción se ampliaba con el avance colonizador hacia el norte) y la Compañía de Jesús ponían su mirada en el septentrión, y particularmente en el relativamente recién configurado Reino de la Nueva Vizcaya. Lo que este enorme “reino”, “gobernación” o “provincia” abarcaba, equivale en la actualidad a los estados de Durango, sur de Coahuila, Chihuahua, Sonora y Sinaloa. Esta provincia estaba habitada por innumerables

indígenas nómadas o seminómadas, la mayoría belicosos, que requerían de la obra pacificadora y civilizadora de los misioneros para su integración al virreinato. El virrey Luis de Velasco, segundo de este nombre<sup>7</sup> —una vez tomado el consejo del obispo de Guadalajara, Fr. Domingo de Alzola—, había implementado una estrategia para cristianizar y aculturar poco a poco a esos indios nómadas del septentrión.<sup>8</sup> Se trataba de congregarlos y arraigarlos en nuevos espacios culturales, pueblos y misiones, enseñarles la agricultura y la ganadería por medio de la presencia de indios mesoa-



oeste de Saltillo, la Laguna Grande en el mismo extremo pero hacia el oeste, otra entre Saltillo y Mazapil y, por último, en los centros mineros de Indé y Las Charcas, todos lugares de diarias batallas entre españoles e indios nativos.<sup>12</sup>

Fue en este contexto social, político y religioso que Felipe II, por su real cédula fecha en Madrid el 6 de abril de 1594, autorizó formalmente al doctor Pedro de Morales, sj, y a otros 18 jesuitas y dos criados, a entrar a las provincias de Topia, Sinaloa y La Laguna para su evangelización.<sup>13</sup> Por lo que se refiere a la misión de La Laguna, los religiosos jesuitas se dedicaron durante cuatro años a explorar el terreno, a reconocer y a realizar una descripción etnográfica de los habitantes de la región, aprender sus lenguas y a buscar los mejores sitios para fundar las reducciones.

Debemos entender con toda claridad que los habitantes de lo que llamamos actualmente Comarca Lagunera, eran gente con una cultura tan primitiva como la del paleolítico.

Los primeros testimonios con que contamos sobre su situación, los informes anuales de los misioneros jesuitas confirman lo anterior sin dejar lugar a duda alguna. La carta del 16 de marzo de 1596, que incluye algo de 1595, indica que los primeros misioneros jesuitas se ocupaban

de ordinario, con indios de diversas naciones, principalmente con los que habitan la laguna grande, donde (por ser gente necesitadísima) se deseó mucho hacer algún asiento; pero no ha sido posible por ser tanta la barbaridad de los naturales que ni tienen casa ni son capaces de policía alguna<sup>14</sup>

Hay otro detalle revelador sobre el miedo que la condición primitiva de estos pueblos causaban a los misioneros, quienes escribieron en el *Annuua* de 1596 que

aunque quisieran los ministros de el evangelio vivir entre ellos con toda incomodidad, hay otra [incomodidad, la] de no estar seguros en

americanos que sirvieran de agentes de cambio, “para que con su compañía y comunicación, se inclinasen a la quietud, sosiego y conexión que se pretende”<sup>9</sup> todo ello bajo la supervisión de los religiosos. Las misiones franciscanas o jesuitas, según fuera el caso, con sus labores de reducción y enseñanza religiosa y secular, incorporarían poco a poco a los neófitos a la cultura y economía occidentales. Los indios tlaxcaltecas designados para ello<sup>10</sup> asistirían a los misioneros en la enseñanza de la agricultura a los aborígenes<sup>11</sup> y, eventualmente, como guerreros. Sobre este punto comenta Sheridan Prieto:

El obispo Alzola sugirió a la autoridades virreinales que las colonias tlaxcaltecas se fundaran en lugares estratégicos: el valle de Parras hacia el



va Vizcaya, las cuales estimaba ser las más importantes de “todo el Reino”.<sup>21</sup> En consecuencia, apoyaba el trabajo de los misioneros cuanto podía y de todas las maneras posibles. Desde luego, las misiones de Parras se beneficiaban con esta longanimidad. El texto de una de las cartas del virrey, dice al respecto:

Por un mandamiento de cinco de septiembre deste presente año de seiscientos y ocho, se mandó con acuerdo de la Junta y Consejo de Hazienda, que a cada uno de ocho Religiosos de la dha compañía que asisten en las quatro misiones de sinaloa, sierra de topia, Tepeguanes y Parras, se les dé un compañero con mas otros dos que sean superiores; y que se ymbién otros tres a las nuevas poblaciones del valle de S[a]n Pablo y ocotlán, de suerte que con los que allá están, son veinte y uno.<sup>22</sup>

Por otro mandamiento, resuelto en la misma Junta y Consejo de Hacienda, se ordenó que a los religiosos jesuitas que servían en las misiones de Sinaloa, Tepehuanes y Parras se les incrementase a cada uno en cincuenta pesos la limosna de trescientos que recibían cada año, de la misma manera como se les daban a los regulares que servían en Topia.<sup>23</sup>

### **El colegio de Santa María de las Parras**

Otra de las medidas de Luis de Velasco II que habrían de producir impacto duradero en la misión de Parras fue su firme colaboración para que las nuevas reducciones contaran con escuelas o seminarios para niños indígenas, instituciones que serían pagadas de su propio bolsillo. En 1608, el Provincial de los jesuitas, Ildefonso de Castro, había solicitado el apoyo monetario del virrey Velasco para hacer posible la existencia de escuelas-seminarios en las misiones de Sinaloa, Topia, Tepehuanes y Parras, para que en estos seminarios, “se criasen y enseñasen algunos hijos de los naturales, en las cosas necesarias para el culto divino y servicio de las iglesias y el canto”. El 8 de septiembre de 1608, el virrey respondió favorablemente al padre

Castro, dotando a dichas misiones, entre ellas la de Parras con trescientos pesos al año para que se pagara a un maestro que enseñara a leer, escribir y contar, sin menoscabo de la preparación religiosa. Esta fecha puede ser considerada como la del



inicio del patronazgo virreinal sobre el colegio de los jesuitas en Parras, si bien las actividades de enseñanza comenzaron con la llegada de los jesuitas y la fundación de la primera misión en 1598.

Dice el texto de la carta del virrey Velasco:

Don Luis de V[elas]co, Cavallero de la horden de Sanctiago, virrey lugar then[ien]te del Rey n[uest]ro s[eñ]or, Governador y Capp[itá]n general en esta nueva Spaña, y Pr[esident]e de la rreal Aud[ien]cia y chanciller que en ella rreside, &a. A vos los jueces ofi[cial]es de la rreal hacienda que rresidis en esta ciudad, saved que el padre Yliphonso de Castro, provincial de la compañía de JHS, de esta nueva Spaña, me ha echo rrelación que en las quatro misiones de la d[ic]ha compañía de Sinaloa, topia, tepeguanes y parras, hera necesario oviese quatro seminarios donde se criasen y enseñasen algunos hijos de los naturales, en las cosas neces[ari]as para el culto divino y servicio de las yglesias y el canto, para lo qual hera conveniente dar alguna cantidad de p[eso]s de oro para el efecto en cada un año; y me pidió mandase probeher de la real caxa desta ciudad los que vastasen, y por mí visto en algunos consejos de la R[ea]l hacienda que tuve, la rremití al Licenciado Spinoza de la Plaça, fiscal de su mag[esta]d desta rreal haz[ien]da y

al tesorero Alonso de Santoyo, para que, juntos con el padre provincial, confiriesen la d[ic]ha necesidad, y aviéndola confferido, pareció que para quatro seminarios que an de tener las d[ic]has quatro misiones, cada uno de veinte indios ariba, se le den trecientos P[eso]s a cada uno de los d[ic]hos seminarios, y darán cuenta para un maestro que les enseñe a leer, scrivir y contar. Y visto lo susod[ic]ho en d[ic]hos los consejos de Real Hacienda de veinte y seis de agosto pasado y en dos de septienvre deste presente año, se acordó se hiciese así”..”A ocho días del mes de septienvre de mil y seis ci[ento]s y ocho años.<sup>24</sup>

A partir de la segunda exhibición de efectivo por cuenta de esta limosna, la Compañía de Jesús quedaba obligada a presentar a la Real Caja una certificación del gobernador de la Nueva Vizcaya, haciendo constar que efectivamente existían y funcionaban los seminarios-colegios.<sup>25</sup> Así pues, este sistema de enseñanza formal inició —ya con el patrocinio de la Corona— en 1608. No se pretendía que fuera exclusivo para la misión de La Laguna, ya que, como hemos visto, el patronazgo real incluía a las otras misiones de los jesuitas en la Nueva Vizcaya: Sinaloa, Topia y Tepehuanes.

### **La antigua misión jesuita de Parras, en la actualidad**

El colegio se encontraba anexo al templo de los jesuitas en Santa María de las Parras. No solamente servía este centro misional para la enseñanza de niños indios aborígenes o mesoamericanos y blancos, sino también para el adoctrinamiento, aprovechamiento religioso y vida sacramental de los habitantes del pueblo y haciendas de la región, para el recogimiento de los misioneros y para que éstos tomaran anualmente los ejercicios de San Ignacio.

Sobre estos puntos, nos dice la carta annua de 1622:

Cada seis meses [los misioneros] se juntan en este collegio a tener algún descanso espiritual, zesando algunos días de las continuas ocupa-

ciones con próximos, por bacar a los ejercicios de cada año. An sido los sermones deste colegio de mucha reformación de costumbres, aprovechándose de la palabra divina para dejar sus vicios, y tratar mui deveras de su aprovechamiento espiritual, todo lo qual naze de la buena industria de los nuestros en la enseñanza, poliçia y adelantamiento de los naturales, que aprenden a leer y escribir y cantar en el seminario que está situado en este colegio para ellos. Y éstos, quando ya maiores en edad y diestros en el canto e instruidos en los sagrados misterios de nuestra santa fe, buelven a sus pueblos, sirven de maestros a sus vecinos y conterráneos, y ayudan a los Padres de sus partidos en la administración de los demás como gente más perita en todo. (...)<sup>26</sup>

algunos de los niños que entre nosotros se quedan, aprenden a leer i cantar con notable facilidad, i son tan despiertos para otras gracias naturales, que no parecen chichimecos criados i nacidos entre las breñas, si no collegiales que aprenden de maestros musicas i donaires en comedias y entremeses; cosa que aviéndola visto el Señor obispo don fray Gonçalo de Hermosillo, quedó admirado, i preguntava si eran chichimecos respecto de aver aqui algunos mexicanos i tlaxcaltecos, pareciéndole a su Señoria increíble cosa que chichimecos huviessen semejantes habilidades i gracias [...] algunos niños desta gente ai en la escuela que tiene esta casa de Parras, i con ellos i los de el pueblo llegarar el número a treinta. Ordinariamente son enseñados en la doctrina christiana primero, en leer, cantar, i las demás buenas costumbres que pertenecen a su edad. Lo que más trabajo en ésta, es el asentarlos i divertirlos de la natural inclinación a los montes; este mesmo año de 1622 se fueron tres a un cerro [...] i se admitieron los dos que eran mui graciosos i cantaran ia a canto de órgano en las missas.<sup>27</sup>

Debajo de nuestra enseñanza también aprenden a leer u escribir los niños españoles, la qual enseñança, junta con la virtud de que los nuestros cuidan, resulta en gran bien desta villa y provincia, porque desde su tierna edad se ense-

ñan a confesar a menudo y a comulgar los que están para ello. A recibido grande aumento esta escuela de españoles y Seminario de indios, con la continuación y puntualidad con que se les an hecho las dotrinas, los jueves a los españoles y los domingos a los indios, y de los unos y de los otros se a juntado mucha gente crecida, así de hombres como mujeres, en nuestra iglesia, aprovechándose de la declaración de los misterios que se les ddeclaraban. Creçe grandemente en los vecinos desta villa cada día, la devoción a la santíssima virgen, festejando sus celebridades con cofesiones y comuniones en nuestra iglesia.<sup>28</sup>

### NOTAS

<sup>1</sup> No fueron las únicas misiones de la Compañía de Jesús en el norte. Las hubo en las provincias del litoral del Golfo de California, noroeste, donde el padre Eusebio Kino realizó su gran obra. Las que aquí se mencionan, fueron las primeras que autorizó Felipe II.

<sup>2</sup> Fundación Histórica Tavera. *Guía preliminar de fuentes documentales etnográficas para el estudio de los pueblos indígenas de Latinoamérica*. Archivo Histórico de la Compañía de Jesús ARSI (Roma). Descripción de la tipología documental.

<sup>3</sup> Con el despoblamiento de San Pedro de la Laguna, hacia 1683, la vieja alcaldía de tres partidos se convirtió en la Alcaldía Mayor de Parras, que comprendía prácticamente los mismos territorios. En 1785, Carlos III la separó de la Nueva Vizcaya y la anexó a la Provincia de Coahuila.

<sup>4</sup> Los dos ríos eran “el Río de las Nasas” (Nazas) y el “Río Buenaval” (Aguanaval). Las tres lagunas eran: la mayor, llamada “de Parras” (de Mayrán), la “del Álamo” (Viesca), al suroeste de aquélla, y la “del Caimán” o Tlahualilo, al noroeste de la de Parras.

<sup>5</sup> La percepción de los misioneros jesuitas del siglo XVI y XVII, de estar en el medio de la lucha entre dos banderas, entre el cielo y el infierno, ha sido bastante estudiada y descrita.

<sup>6</sup> Para entender la función y naturaleza de las annuas en la Nueva Vizcaya, ver Campbell, Aspectos, 1992, p. 265.

<sup>7</sup> Gobernó del 27 de enero de 1590 al 4 de noviembre de 1595, y del 2 de julio de 1607 al 10 de junio de 1611.

<sup>8</sup> De hecho, la estrategia fue el resultado de experiencias anteriores. La novedad consistía en que en esta ocasión se formalizaba (con capitulaciones y privilegios) una emigración masiva de indios tlaxcaltecas. Powel, Capitán, 1997, pp. 194-195.

<sup>9</sup> Sheridan Prieto, *Anónimos*, 2000, p. 100.

<sup>10</sup> Fueron 400 familias, 100 de cada reino de Tlaxcala. En Saltillo, las 100 familias que provenían de San Esteban Tizatlán fundaron el pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala. Las familias de tlaxcaltecas de Parras y de Viesca procedían originalmente de las de Saltillo.

<sup>11</sup> Sheridan Prieto, *Anónimos*, 2000, pp. 98 y ss.

<sup>12</sup> *Ibid.* p.100.

<sup>13</sup> “Mis Presidente y Juezes oficiales de la casa de la contratación de sevilla: por esta mi cédula e dado licencia a pedro de morales, de la conpañía de Jesús, para pasar a las provincias de Topia, Cinaloya y La Laguna que es en la nueva spaña y llevar diez y ocho rreliгиозos de la d[ic]ha conpañía y dos criados para que los sirvan...”. Real Cédula de Felipe II autorizando a los jesuitas a pasar a las provincias de Topia, Sinaloa y La Laguna para su evangelización. 6 de abril de 1594. AGI. México 27, N. 62.

<sup>14</sup> “Monumenta Mexicana, VI, Doc. P. 60, orig. en Archivo Histórico de la Provincia Mexicana, Colección Antiguos Manuscritos II, 30” en Churruca *et al.*, *El sur*, 1991, p. 29.

<sup>15</sup> Churruca Peláez, *El sur*, 1991, p. 30.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 22 ,29,35, 41, 66.

<sup>17</sup> La Comarca lagunera está formada en la actualidad por quince municipios en Coahuila y Durango. Los de Durango son General Simón Bolívar, Gómez Palacio, Lerdo, Mapimí, Nazas, Rodeo, San Juan de Guadalupe, San Luis del Cordero, San Pedro del Gallo y Tlahualilo. Los de Coahuila son: Francisco I. Madero, Matamoros, San Pedro, Torreón y Viesca. El gran ausente histórico es el municipio de Parras.

<sup>18</sup> A.G.N. Ramo Jesuitas, Vol. 33, fojas 578 y ss. “Certificación sobre el asiento de Parras y la prosecución q[ue] hasta agora ha tenido” por Francisco de Arista, sj. Otorgada el 11 de Septiembre de 1619 ante el capitán Diego del Roble, Alcalde Mayor de Parras, Laguna y Río de las Nazas.

<sup>19</sup> Nicolás de Lafora. “Mapa de toda la frontera de los dominios del Rey en la América Septentrional. 1771. Library of Congress Geography and Map Division. Washington, D.C. 20540-4650.

<sup>20</sup> AHSI. Vol. 14, p. 368, ff. 1-23, año de 1604.

<sup>21</sup> Es decir, de la Nueva España.

<sup>22</sup> Cartas del virrey Luis de Velasco (el hijo) (1607-1611) Archivo General de Indias, Mexico, 27, N. 62. Año de 1608.

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> Cartas del virrey Luis de Velasco (el hijo) (1607-1611) Archivo General de Indias, Mexico, 27, N. 62. Año de 1608. Junta y Consejo de Hacienda, 8 de septiembre de 1608.

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> AGN: Misiones, vol. 25, s / exp. (AGN 131).

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> *Ibid.*



# Andanza del Botella al Mar

JAIME MUÑOZ VARGAS

La causa remota del grupo literario Botella al Mar se encuentra en el regreso de Saúl Rosales Carrillo a la Comarca Lagunera. Luego de veinte años de radicación en el Distrito Federal, Rosales Carrillo volvió a Torreón en 1981 y de inmediato comenzó, quizá sin darse cuenta, a configurar un movimiento literario cuyo valor sigue vigente, produciendo. En aquel momento, el autor de *Iniciación en el relámpago* consiguió un empleo modesto en *La Opinión* y, casi simultáneamente, cursos de literatura y periodismo en el Instituto Superior de Ciencia y Tecnología, A.C. (Iscytac, hoy La Salle, en Gómez Palacio, Durango). El azar, a veces no tan mezquino, permitió que en el periódico le encomendaran la coordinación del suplemento cultural dominical, un tabloide de ocho páginas.

Ya allí, Rosales Carrillo hizo de las suyas, habilitó lo aprendido como editor, escritor, periodista y maestro en la capital del país. Dado que la producción local era escasa y/o de poco valor, las páginas de la Opinión Cultural fueron generosamente habitadas por textos de autores que en tales tiempos preinternéticos no deambulaban habitualmente en los diarios de La Laguna.

→ CLAVES: Botella al Mar, literatura lagunera, Coahuila

JAIME MUÑOZ VARGAS (Gómez Palacio, Durango, 1964) es escritor, maestro, periodista y editor. Radica en Torreón. Entre otros libros, ha publicado *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, *El augurio de la lumbre*, *Las manos del tahir*, *Polvo somos*, *Ojos en la sombra*, *Leyenda Morgan* y *Parábola del moribundo*; algunos de sus microrrelatos fueron incluidos en la antología *La otra mirada* publicada en Palencia, España. Ha ganado los premios nacionales de Narrativa Joven (1989), de novela Jorge Ibarguengoitia (2001), de cuento de SLP (2005), de narrativa Gerardo Cornejo (2005) y de novela Rafael Ramírez Heredia (2009). Escribe la columna Ruta Norte para el periódico *Milenio Laguna*. Algunas de sus obras han sido motivo de estudios académicos, tesis y referencias, entre otras, de la Universidad de Misisipi y de Texas, en EU; de la de Utrecht, en Holanda; y de la de Valladolid, en España. Actualmente es coordinador editorial de la Ibero Torreón. rutanortelaguna@yahoo.com.mx

su trabajo como editor del suplemento consiguió desahogar un considerable número de textos que de otra manera hubieran terminado en una simple calificación escolar. Fui, y perdón que me ponga de caso, uno de los beneficiarios de aquella dinámica: recibía clases formales de Saúl Rosales y como sabía que además coordinaba el suplemento cultural de *La Opinión*, un día cualquiera lo abordé con unas temblorosas cuartillas. Eran tres o cuatro poemas, por llamarlos así, de mi primeriza hechura. Mi maestro las tomó, sin duda vio que no servían pero tal vez quiso, apiadado, estimular al joven aprendiz de escritor. Así, un septembrino domingo del 84 vi y sentí lo que muchos contemporáneos y coterráneos míos de aquella época: mis poemas aparecieron en una página del tabloide y, tras esa felicidad inaugural, no he dejado de publicar en todos los medios al alcance de los dedos que aquí teclean esto.

Lo que cuento no me ocurrió sólo a mí. Sé, porque la vi y la leí y conservo gran parte de aquella hemerografía, que varios tundemáquinas en ciernes procedieron igual con Saúl Rosales: lo sabían editor de un suplemento, percibían su generosidad y aprovechaban la coyuntura para arrimar textos que en la mayor parte de los casos aparecían poco después en alguna de las ansiadas páginas.

Fue por esos días cuando se dio una feliz coincidencia: en momentos distintos, cada cual por su lado, algunos escritores recién publicados en la *Opinión Cultural* le pedimos a Saúl que nos reuniéramos para formar una especie de grupo literario, acaso un taller. Recuerdo que Enrique Lomas y yo, estudiantes de comunicación de tercero y quinto semestres en el Iscytac, respectivamente, además del psicólogo Gilberto Prado Galán y el ingeniero Héctor Matuk, propusimos a Saúl idéntico plan: la creación de un grupo literario. Lo hicimos sin ponernos de acuerdo, casi como si fuera una necesidad que el mismo maestro y editor nos inspiraba. Fue así como a mediados de los ochenta, creo que en agosto del 84, para ser preciso, nos reunimos por primera vez en casa de Enrique Lomas. Esa casa estaba en la calle Galeana, entre Juárez e Hidalgo, al lado de una peluque-



Dueño de una biblioteca personal bien nutrida y armada con exigente gusto en la capital del país, el joven editor —tenía entonces cuarenta años— puso a merced del lector lagunero, del lector de a pie, los nombres de Carpentier, Cortázar, Vallejo, Vargas Llosa, Lezama, Borges, Faulkner, Hemingway y muchos más, de quienes publicó fragmentos de obras famosas o aproximaciones críticas que servían para medir el tamaño de sus importancias como artistas de calibre subido. Junto a los tótems, no faltó la presencia de escritores laguneros, algunos de ellos jóvenes a los que en poco tiempo se les abrieron páginas frecuentes donde pudieron publicar sus poemas, cuentos y ensayos. Rosales Carrillo operó pues en dos ámbitos bien combinados: el periodismo cultural y la docencia. Gracias a sus clases universitarias de literatura y periodismo trabó contacto con alumnos que a veces escribían algo lo suficientemente decoroso como para ser publicado, y gracias a

ría de las de antes, con caramelo rojiazul y toda la cosa. Asistimos Saúl, Gilberto, Enrique, Héctor y yo. Aquello se dio de maravilla y a partir de allí no dejamos pasar un sábado sin la reunión ordinaria que con el tiempo ya ni convocatoria requirió. Todos sabíamos que los sábados de cinco de la tarde a doce o una de la mañana, los integrantes de aquel grupo literario debíamos apersonarnos en determinado sitio para, con el pretexto de tallrear, dedicarnos a beber, reír y chismorrear sobre temáticas misceláneas, además de literatura y muchas veces, con énfasis muy zurdo, de política. Aunque siempre supimos aceptar nuevos integrantes, pues el Botella al Mar jamás se manejó formalmente como grupo ni gozó de apoyo oficial ni privado de ninguna índole, los nuevos asistentes solían ir unos cuantos sábados y luego, sin decir más, desaparecían. Recuerdo especialmente a dos de los participantes fugaces en el grupo: María Elena Niño, una buena poeta lerdense, y Rodrigo Marrero, un jovencito que muy pronto optó por la música. Poco después de fundado, eso sí, pasó que Héctor Matuk, uno de los originadores del Botella al Mar, dejó de asistir y se integró Pablo Arredondo Rodríguez. Así, entre la entrada y la salida de interesados que luego identificaríamos como “población flotante”, el grupo literario Botella al Mar trabajó cerca de seis o siete años con una base de cinco miembros tercios: Saúl: poeta, narrador y ensayista; Gilberto: poeta y ensayista; Enrique: poeta y narrador; Pablo: poeta; y yo: narrador. Años después, ya en el ocaso del taller, llegaron tres amigos a los que tal vez les tocó vivir el fin definitivo: los escritores Gerardo García Muñoz, Fernando Fabio Sánchez y Édgar Valencia. Cada sábado era entonces, como insinué, nuestro día más esperado, pues durante sus tardes-noches podíamos convivir en torno a la literatura, el trago y las carcajadas que nunca escasearon dada la gracia y la inteligencia de, sobre todo, Gilberto y Enrique. Mentiría si dijera que todo el tiempo hablábamos solemnemente sobre cuentos o poemas, sobre autores o estilos. Más bien ocurría lo contrario: nada, ningún tema propiciaba que nos pusiéramos graves. Si alguien leía, por ejem-

plo, un poema, comentábamos sus virtudes y sus defectos, sí, pero siempre con un tono que estaba cerca de la risa y a veces, cuando el texto era indefendible, de la franca y amistosa burla, si se puede decir así. Lo extraño es que entre nosotros no nos enojábamos. Sé que la “población flotante” se desconcertaba, en efecto, con los análisis zumbones, pero nosotros nos acostumbramos pronto a tolerar cualquier puyazo siempre y cuando proviniera de alguno de los nuestros. El fuego amigo, en suma, nunca nos lastimó.

En cuanto a las personalidades y los talentos que yo percibía entonces, es claro que la voz más autorizada y casi incontestable la ostentaba Saúl, eso con absoluto derecho. Él no se imponía, sin embargo; antes bien nos dejaba hablar, nos dejaba reír hasta que al final de cada análisis remataba con comentarios centrados y no pocas veces severos, demoleedores. Por su formación y su edad, era obvio que sus referencias fueran mayores y mejores. Por eso no faltaba que Saúl, ante tal o cual texto ingenuo de alguno de nosotros, recordara a tal o cual autor casi para recomendarnos/enjaretarnos su obligada lectura (fue así como hice mi lista personal de autores desconocidos y por conocer). Saúl bebía poco (sobre todo ginebra), nunca fumó, casi se sentaba recostado en los sofás y siempre disfrutó mucho, se le notaba en el gesto, la conversación de los otros, los amigos/alumnos que estaban bajo su discreta tutela.

Gilberto Prado Galán, lo he dicho y escrito desde que lo conozco, fue siempre el más adelantado, un genio vivaz y memorioso, un dechado de humor inteligente y una sensibilidad poderosamente dotada para el manejo de la palabra más profunda y bien escrita. Retengo con toda claridad la primera impresión que me provocó y las sucesivas impresiones que siguió y sigue provocándome: a los 24 años parecía haberlo leído todo y, más que eso, parecía que todo lo almacenaba incluso textualmente en el portento de disco duro con el que fue equipado. Citaba poemas completos de los autores más diversos, recordaba pasajes completos de filósofos, teólogos, psicólogos, lingüistas, escritores, y todo eso lo aderezaba con un registro

pormenorizado de canciones populares, calambures y datos jocosos de la farándula y el deporte. Jamás le leí una cuartilla hueca o contrahecha, y alguna vez aseguré que el Botella al Mar estaba cabalmente justificado con la pura presencia de Gilberto. Creo, casi treinta años después, que no me equivoqué. El Gilberto geniecillo que conocí en 1984 es ahora un escritor maduro, respetado y atestado de justo reconocimiento. Tenía otra virtud: era dispendioso y no lo arredraba ningún trago.

A Enrique Lomas Urista lo conocí en agosto de 1983, cuando ingresó a la misma escuela en la que yo simulaba estudiar la carrera de comunicación, el Iscytac. No sé quién nos presentó, pero el caso es que juntos pedimos a Saúl Rosales el armado, así fuera con las uñas, de un taller literario. Lomas —siempre le dijimos así: “Lomas” a secas— era un jovencito de buena facha, con voz grave aparentemente solemne y hecha para decir poesía y prosa terriblista, dolorida, existencial. Lo extraño de Lomas, lo paradójico de Lomas, es que su visión penumbrosa de la vida no abortó nunca su humor, su humor denso y negro, siempre cuajado en metáforas que en su agrio surrealismo conllevaban gestos rayanos en la hilaridad. Cada cuento, cada poema leído por él y juzgado por nosotros era un festín: a veces era tan solemne y cargado de tintes fatalistas que no podíamos pasar de las primeras líneas sin reír a cántaros; y no era tanto el texto, sino el seco dramatismo que el autor imprimía en la lectura lo que nos movía a disfrutar como niños sus participaciones. Lomas jamás pareció ofendido, pues a cada miembro se le aplicaba una quebradora similar: leía y todo motivaba no pocas bromas, un examen de taller que jamás condescendió al almidonamiento.

Ya comenté que Pablo Arredondo llegó al gru-

po un poco después. No sé quién lo invitó, pero desde el principio se mostró como lo que es: un tremendo poeta, un hombre esencialmente discreto, silencioso, hasta tímido. Era sin duda el integrante del Botella al Mar con menos inclinación humorística. Cierto que sabía sonreír con las bromas, que jamás se quejó del clima zumbón que reinaba en las reuniones, pero en sus poemas campeó siempre una fuerza literaria capaz de penetrar cualquier escondrijo del dolor humano. Siempre me impresionó de Pablo, y me impresiona aún, que detrás de su modesta apariencia, de su bajo perfil, de su sosegada manera de ser, se



esconde un ser que grita con los versos, un poeta que sabe expresar con imágenes hermosas la deshumanización del hombre y su envés: la generosidad, el amor, la honradez, que también eso es el ser humano aunque más escasamente.

En cuanto a mí, sólo anoto que crucé de lado a lado los años del Botella al Mar. Fui para todos un narrador de ambos costados, y aunque de vez en vez intenté hacer versos, la verdad es que en poesía jamás pude tomarme muy en serio. Al formar el grupo mis lecturas eran hartamente pobres y apenas había escrito algunos cuentos, o desahogos, de autoconsumo. Como ninguno, eso sí, creo que fui conciente de que algo importante o presun-

tamente valioso estábamos haciendo, o al menos deseaba creer en eso, así que guardé papeles, configuré una especie de archivo con varias de las publicaciones que fuimos haciendo en aquellos años de calistenia. Y no me engaño: para mí el Botella al Mar no fue lo poco que escribí y aproximé al rudo dictamen de los amigos, sino lo que oí: los comentarios de todos, y más los de Saúl, llevaban implícito el nombre de escritores y de libros, así que me di a la obligación de comprar y leer lo que era citado como valioso e imprescindible. El taller fue entonces, para mí, una verdadera escuela de literatura, la desenfadada carrera de Letras que jamás hemos tenido en La Laguna pero que yo hallé entre mis amigos del Botella al Mar.

Presentados los coequiperos, ¿qué pasó para que llegáramos a la primera publicación colectiva? Antes de que perpetráramos dicho libro todos habíamos publicado algunos de nuestros ejercicios en las páginas de revistas y periódicos. No muchas, no muchos, pues La Laguna no se caracterizaba en los ochenta, ni ahora, por contar con un gran número de publicaciones accesibles a lo literario. Entre el 86 y el 89, con el taller en su apogeo, ganamos algunos concursos locales (el Magdalena Mondragón, los juegos florales —¡juegos florales, qué cursilería!— del Iscytac) y dos premios nacionales del INBA: el de ensayo para crítica de arte que ganó Gilberto en Monterrey y el de narrativa joven que me agenció yo en Aguascalientes. Para entonces, lo único que teníamos publicado o por publicar en esas mismas fechas eran tres opúsculos de Saúl (uno de poesía y dos de ensayo histórico) y un libro de cuentos; Gilberto uno de poesía y yo uno de cuento. Era poco, así que no nos desagradó la invitación de Rogelio Villarreal Huerta para publicar en la recién abierta editorial Enorme. Villarreal Huerta, editor que trabajó años en el DF, volvió a principios de los ochenta a su tierra, Torreón, y allí continuó con la confección de libros. Lanzó un primer lote y el libro *Botella al Mar*, crestomatía narrativa, llevó el número 1. De todos, creo recordar con vaguedad que Pablo fue

el que más sufrió, pues su producción era básicamente poética y de golpe debió habilitarse como cuentista. Saúl juntó el material, lo organizó y fue él quien nos pidió escribir una especie de autopresentación burlesca como puerta a cada una de las estancias del libro. Hoy me sonroja la mía, sobre todo esa primera afirmación en la que se nota que me obligaba burocráticamente a ser desdichado, que me autoflagelaba con la idea románticoide de que la desolación es requisito *sine qua non* para trabajar en el arte. En fin, nada se puede hacer ahora para remediar mis juveniles estropicios.

No comento en esta presentación ruborizada y quizá irremediablemente nostálgica los contenidos del libro que no fue, obvio, una antología, sino una simple muestra, pues ya Gilberto Prado se extendió en el brillante prólogo de la edición original (febrero del 90). Sólo añado que *Botella al Mar* testimonia la amistad vivida en el grupo homónimo que trabajó e hizo una fiesta de la literatura durante cerca de siete años, poco más o poco menos. Tras el cese gradual, impensado, nebuloso de las reuniones, los integrantes seguimos adelante casi en lo mismo o en actividades afines: formamos talleres, publicamos, ganamos concursos, dimos clases, presentamos libros, editamos revistas, editamos libros, publicamos libros, alimentamos columnas, obtuvimos grados académicos, conferenciamos, nos casamos, tuvimos hijos, viajamos y padecemos/gozamos los altibajos que cualquiera padece/goza. Venturosamente, no hemos concluido, pues creo que seguimos en la práctica de lo mismo ya con más colmillo; y bueno, algún día sacaremos las cuentas definitivas de lo que fue y logró hacer, unido o disperso, el grupo literario Botella al Mar, esa extraña conjunción de “náufragos terrestres”, como nos rotuló uno de los nuestros.

*Comarca Lagunera, 17, septiembre y 2011*

\*Prólogo a la segunda edición de *Botella al mar, crestomatía narrativa*, Universidad Autónoma de Coahuila, Saltillo, 2011, 133 pp.



# Libros del Centro de Investigaciones Históricas

---

---

1. *Una disputa vitivinícola en Parras (1679)*. Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.
2. *Censo y estadística de Parras (1825)*. Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.
3. *Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII*. Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.
4. *Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII*. Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.
5. *Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819)*. Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.
6. *Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale*. Introducción y
7. *Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII*. Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.
8. *La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multacentenaria*. Sergio Antonio Corona Páez.
9. *Apuntes sobre la educación jesuita en La Laguna: 1594-2007*. Sergio Antonio Corona Páez
10. *Padrón y antecedentes étnicos del Rancho de Matamoros, Coahuila, en 1848*. Sergio Antonio Corona Páez.
11. *La Compañía de Jesús en la Comarca Lagunera 1594-2012*. Trigésimo aniversario de la Universidad Iberoamericana Torreón.
12. *Cultura y pasado. Consideraciones en torno a la escritura de la historia*, Sergio Antonio Corona Páez, Universidad Iberoamericana Torreón / Universidad Autónoma de Coahuila, Saltillo, 2014.

